



Charlotte Runcie

SAL
EN
LA
LENGUA

Las mujeres y el mar

CHARLOTTE RUNCIE
SAL EN LA LENGUA

Las mujeres y el mar

Traducción de Maia Figueroa Evans



temas de hoy

Título original: *Salt on your tongue*

© Charlotte Runcie, 2020

Publicado de acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edimburgo
EH1 1TE

© por la traducción, Maia Figueroa, 2020

Edición de Juan Trejo

Fragmento de *The Love Song of J. Alfred Prufrock*, extraído de *The Poems of T.S. Eliot Volume 1*, T. S. Eliot © Estate of T.S. Eliot, reproducido con el permiso de Faber and Faber Ltd. / Fragmento de *Sea-Fever* de John Masefield reproducido con permiso de la Society of Authors, como representantes literarios del patrimonio de John Masefield. / Fragmento de Carta a Pamela Hansford Johnson, 1933, extraído de *Dylan Thomas: The Collected Letters, Volume 1* de Dylan Thomas, publicado por Weidenfeld & Nicolson © Trustees for the Copyrights of Dylan Thomas y reproducido con permiso de David Higham Associates. / Fragmentos de *Fern Hill*, extraído de *The Collected Poems of Dylan Thomas: The Centenary Edition*, publicado por Weidenfeld & Nicolson y New Directions Ltd. © 1945 Trustees for the Copyrights of de Dylan Thomas y reproducido con permiso de David Higham Associates y de New Directions Publishing Corp.

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-9998-800-9

Depósito legal: B. 5.887-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

I. ALCÍONE	15
Estrella polar	17
Zarpar	22
Libaciones	30
Boca	34
La doncella de la costa	38
Saloma	45
La cabeza del dragón	52
II. TÁIGETE	59
Zambullida	61
Criaturas de las profundidades	68
Un pez con forma de hombre	81
Un trago amargo	86
Los tirabuzones de la doncella rubia	97
Cristal marino	100
III. CELENO	105
El mar reclama a los muertos	107

Madrigal de niebla	116
Andar sobre las aguas	127
<i>Stella Maris</i>	137
Ahogado	143
Caracol de mar	150
Biso.	155
IV. MAIA	161
Cómo sobrevivir a una tormenta.	163
La armonía del temporal.	167
El camino plateado.	173
En vez de cruz, llevaba yo el albatros.	180
Agarrad fuerte.	185
Instrumentos.	189
Por qué el mar es sal	195
Pescaderas y marisqueras	204
El faro.	212
El águila con el sol en los ojos	222
V. MÉROPE.	227
El reloj de mareas.	229
Mareos	235
Un salón para hadas.	241
En la roca.	250
Stormalong	255
Velas.	258
VI. ELECTRA.	265
La que sale del mar.	267
Orilla	272
La ola	276
Catterline en invierno	281
Marea alta	284

Estrella de mar	293
Un océano pintado.....	296
Brillo.....	299
VII. ASTÉROPE.....	303
Mi amor es un profundo mar azul.....	305
La leche y la luz de la luna.....	307
El sonido del mar.....	311
Cuando la luz es más débil.....	317
Marea primaveral.....	325
Rizoides.....	331
ATLAS Y PLÉYONE.....	335
Marea bien entrada.....	337
Obras consultadas.....	341
Agradecimientos.....	347
Biografía.....	349

I ALCIÓN

Alción, hija de Eolo, dios de los vientos, se lanza al mar y muere ahogada. El amor entre Alción y su marido Ceix ha hecho enfurecer a los dioses y Zeus ha desatado una gran tormenta para ahogar a Ceix. Al ver que Alción se ha suicidado, desconsolada, Zeus se arrepiente de lo que ha hecho y los transforma a ambos en una pareja de martines pescadores. Todos los meses de enero, Eolo calma los vientos y los mares durante dos semanas para que Alción pueda anidar sobre aguas tranquilas. A ese periodo del año se le conoce como los días de alción.

ESTRELLA POLAR

El mar empieza con las estrellas. Cerca de la playa de Elgol, en la isla de Skye, meto los pies en una poza para poder ver más de cerca una estrella de mar. Los abruptos triángulos que forman las montañas Cuillin se alzan a lo lejos, junto a toda una serie de islas que dibujan una herradura que convierte la tormentosa bahía en un anfiteatro natural. Hemos venido aquí de vacaciones, después de visitar a mi familia materna en Fife, Escocia; nunca en mi vida había estado tan al norte. El mar me resulta exótico, pues me crié en las colinas que rodean Hertfordshire, muy lejos de la costa. El mar es algo nuevo para mí.

El agua está fría, tengo los dedos de los pies blancos. El fondo está formado por fragmentos de conchas que hacen aflorar perlas de sangre de las plantas de mis pies. Mis padres están un poco más allá. A mi alrededor, las lapas se aferran a las rocas y los pájaros vuelan en círculos. La brisa es recia y las nubes, bajas. El mar se extiende en la lejanía hasta convertirse en una neblina infinita. Me siento completamente sola.

Mientras intentaba ubicar a mis padres con la mirada, la estrella de mar se ha desplazado hasta una zona en sombra, fuera de

mi vista. Recuerdo haber leído en mi enciclopedia Collins sobre fauna marina que las estrellas se reproducen de dos maneras: o bien manteniendo contacto sexual con otra estrella, o bien cuando le cortan uno de sus brazos. Un brazo separado del resto del cuerpo puede generar sus propias extremidades y crecer hasta convertirse en una estrella completa. La que perdió su brazo es capaz también de hacer crecer el que le falta, así que al final tenemos dos criaturas nuevas y completas crecidas a partir de un único ser mutilado. ¿Tendrá crías esa estrella en particular, creará otras versiones de sí misma que se arrastrarán por otras pozas?

No muy lejos de allí hay un pedazo de madera que reluce bajo la superficie, oscuro y resbaladizo debido al agua del mar, como si tuviese vida propia, como un pequeño monstruo varado en la playa. Cuando llega la hora de marcharnos, me llevo ese pedazo de madera conmigo a casa. (El agua que sale de los grifos de la casa de campo donde nos alojamos es de color marrón debido a la turba. ¿Por qué no podemos bañarnos y cocinar con el agua clara y salada de la bahía? Soy una niña malhumorada y me niego a ayudar a fregar los platos.)

De vuelta por la empinada carretera que conduce hasta la casa, el agua negruzca que rezuma aquel pedazo de madera me empapa la ropa, mi camiseta favorita, la que me pondría todos los días si fuera posible: es de rayas verdes y negras, tal como imagino que debían de ser las de los piratas, llena de agujeros de tanto ponérmela y trepar por todas partes. Soy una niña alta y gritona y tengo mal genio. Me muerdo las uñas y nunca me cepillo el pelo. Devoro libros, sobre todo libros que hablen de caballos e internados en la costa, aunque no conozco ninguna de esas cosas por experiencia propia. En realidad, nunca me siento como una niña, aunque lo cierto es que no sé cómo debe de sentirse una niña.

Mi abuela ha intentado remediarlo comprándome un montón de vestidos con mucho vuelo y volantes, y obligándome a cepillarme el pelo, que tengo crespo y enmarañado. Se supone que debo

pasarme el cepillo cien veces todas las noches para tenerlo suave, pero hacerlo me duele tanto que me hace llorar y lleva mi paciencia al límite, así que suelo evitarlo. Cuando lo intento, no parece servir de gran cosa, lo único que consigo es convertir mi melena en un puñado de heno rojizo plagado de electricidad estática. Los vestidos me pican y son demasiado estrechos, así que aprovecho la mínima oportunidad para dejarlos de lado. Lo que deseo en todo momento es que mis pies estén frescos y cómodos y salados, metidos en el agua del mar todo el tiempo que sea posible.

Desde que tengo memoria, en el alféizar de la ventana del cuarto de baño de la casa de mi abuela, con sus muebles color aguacate y su armario lleno de analgésicos y de medicamentos para el cáncer de mi abuelo, siempre ha habido una colección de conchas. Son conchas que mi abuela ha ido recogiendo en los cruceros y los viajes que ha hecho por todo el mundo; algunas las recogió en diferentes playas, pero la mayoría las compró en tiendas de regalos: son grandes, exóticas y brillantes. Hay una caracola enorme que, de tanto pegármela a la oreja mientras me bañaba, ha acumulado una fina película de jabón sobre la delicada curva de su abertura rosácea, cerca del lugar donde el borde blanco se convierte en la parte superior de la concha. En el lateral de la bañera hay una vieira particularmente grande que hace las veces de jabonera.

Esa tarde uso el pedazo de madera seca que he traído de la playa para un proyecto. En la seguridad que ofrece la casa ha perdido su magia brillante y, con el calor, se ha agrietado y empalidecido. Con mis pinturas y un pincel grueso, lo pinto con el tono de rojo más vivo que tengo. Lo que pretendo es devolverle su salvaje humedad, que siga transmitiendo el cautivador miedo que sentí al encontrarlo henchido, reluciente y empapado de agua salada en la poza. Pero no hay pintura que pueda devolverle el brillo y la fuerza que tenía cuando di con ella, porque relucía como la luz de la luna entre las estrellas de mar, tan brillante y salvaje como me sentía yo con los pies en el agua.

Llevo muchos años, desde aquellas vacaciones, recogiendo conchas relucientes y cristales marinos cuando voy a alguna playa y llevándomelos a casa. Me fijo en cómo pierden la magia a medida que se evapora el agua, en cómo las superficies brillantes se secan hasta no transmitir nada, y me pregunto cómo podría retener un auténtico pedazo del mar, mantener vivo su misterio.



A finales de otoño, si estoy junto al mar y es de noche y hace frío y las estrellas rasgan la oscuridad del cielo, me acerco a la orilla, sumida en esa profunda negrura y en el poderoso rugido del mar, e imagino que estoy en la proa de un barco. Si estoy lo bastante lejos de una ciudad, el cielo se muestra sobrecargado de estrellas, hasta tal punto que la oscuridad parece ceder bajo su peso. Galaxias, planetas y nebulosas se despliegan ante nosotros.

Las personas siempre hemos encontrado elementos poéticos en el cielo estrellado. Alnilam es como llamamos al cinturón de la constelación de Orión: el collar de perlas. Capella, la cabritilla. Piscis Austrini es la boca del pez del sur. Carina, la proa del barco. Eridani, la desembocadura del río.

Desde que existen los barcos, los marineros han navegado guiándose por la posición de las estrellas. La mejor manera de determinar en qué parte del mundo te encuentras, y cómo llegar al lugar adonde quieres ir, es percibir todo lo que te rodea. El viento, las estaciones, las estrellas.

Las Pléyades son las estrellas de la navegación. La misma palabra, el nombre de la constelación de las siete hermanas que, una vez identificada, señala dónde se encuentra la estrella polar y, por consiguiente, el norte y tu destino, viene del griego antiguo *plein*, que significaba «navegar». Su ascensión heliaca da comienzo en el otoño del hemisferio norte y, para los griegos, señalaba el inicio de

la época de navegación en el Mediterráneo. Es la constelación más fácil de ver a simple vista.

Los viajes marítimos guiados por las estrellas han inspirado historias, canciones, poemas, cuadros, mitos, escuelas de pensamiento religioso y descubrimientos científicos. Han conducido a la ruina y la destrucción. Recitadas en voz alta, las Pléyades suenan a hechizo: Alcíone, Electra, Maia, Mérope, Táigete, Celeno, Astéropo. Y luego están sus progenitores, que completan el grupo visible de nueve estrellas: Atlas y Pléyone.

Los nombres de las Pléyades son anteriores a los mitos griegos sobre las siete hermanas, sus relaciones, sus hijos y sus aventuras sobrenaturales. Las historias que los griegos contaban sobre ellas nacieron de la inspiración de aquellos que las veían en el cielo nocturno y oían los nombres que les habían dado los que ya habían surcados los mares, mientras el agua se movía a su alrededor y la luna generaba mareas por todo el planeta.

No soy historiadora marítima y esta no es una historia sobre barcos de altos mástiles. Este es un relato sobre mujeres, agua y amor que incluye un nacimiento y una muerte, canciones y cuentos fantásticos, y también el viento que sopla en la cresta de las olas.

ZARPAR

Lo hueles antes de verlo. Así es como sabes en Escocia que estás cerca del mar. Es 1 de enero y paseamos por la playa de Portobello: Sean, la perra y yo. Hace tanto frío que el aire cruje y las olas dejan flecos de escarcha en la orilla al retroceder. El paseo marítimo está lleno de gente, casi toda venida desde Edimburgo para pasar el día y respirar el frescor que entraña un año recién estrenado. La perra entra y sale del agua, demasiado miedosa como para meterse lo suficiente para nadar, prefiere dar brincos y estornudar en la orilla, donde el agua fría le mordisquea las patas, persiguiendo pelotas que pierde cuando la espuma del mar las engulle y su olor se pierde bajo el agua, donde su hocico no alcanza a seguirles el rastro. A primera hora de la tarde, el sol ya ha empezado a bajar y tiñe la luz de un misterioso tono anaranjado, reflejo de un puñado de nubes color violeta oscuro que traen nieve.

Caminamos por la arena fijándonos en los resistentes niños que construyen castillos con arena helada y también en los estudiantes achispados en paños menores que se arriesgan a chapotear en las frías aguas de Año Nuevo. La perra se aleja corriendo, pero regresa dando brincos con su gruesa lengua colgándole de un lado

de la boca y con una capa de arena envolviéndole el pecho y las patas. Yo busco cosas en la arena, distraída. Los trozos de algas parecen dedos desmembrados cubiertos de ampollas. Algunos parecen mechones de pelo enmarañado, salvo por los crustáceos que los mantienen unidos. Y luego están las conchas: las medialunas del color de la medianoche de los mejillones que se difuminan hasta crear el blanco más puro, berberechos de perfecta redondez interior y exterior de pliegues rugosos como pastelillos rizados. Una vez, tras una tormenta, miles de estrellas de mar quedaron varadas en esa playa y se asfixiaron fuera del agua. La desembocadura del río Forth abre sus labios. El mar está un poco más lejos, un poco más allá.

Todo lo que leo ahora, ya sean las historias que tanto me gustaban en la infancia o nuevos descubrimientos literarios, tiene que ver con el agua. Llevo un ejemplar de la *Odisea* en el bolso a modo de talismán y, por las mañanas, en el autobús de ventanillas empañadas que me lleva al trabajo en la revista, lo abro y me dejo arrastrar por esa especie de corrientes marinas que mezclan trama y digresión, moviéndose siempre como olas que chocasen contra el casco de una nave. Descubro *Secuestrado* de Stevenson, el desafortunado viaje por mar que se convierte en una aventura terrestre, y también las extensas antologías de cantos de marinos recopiladas por un viejo y misterioso marinero y cuentista llamado Stan Hugill, y leo *Diario de un viaje a las Hébridas con Samuel Johnson*, de Boswell. En la biografía de Boswell encuentro una cita de Johnson que no puedo olvidar: «Todo hombre tiene mal concepto de sí mismo por no haber sido soldado o por no haberse hecho a la mar».

Yo no he sido marinera. Me acerco a la treintena, una edad en la que debería preocuparme por descubrir quién soy, viajando y viviendo aventuras. Una amiga mía se ha mudado a Australia; otra, a Canadá. Facebook me muestra conocidos de la universidad que corren maratones o han conseguido empleos de ensueño. Yo no hago nada de eso, no tengo sueños concretos que guíen mis

pasos. Cuando en mitad de la noche me asalta el pánico, investigo sobre posibles carreras profesionales que requerirían habilidades muy distintas de las mías. ¿Conseguiré hacer algo que merezca la pena si estudio Derecho, Medicina o Magisterio? Aunque al principio me emociona la idea de convertirme en una persona nueva, siempre me echo atrás. Me limito a leer, escribir y trabajar; pero no me parecen el tipo de cosas que se hacen cuando una se está preparando para embarcarse en algo.

Tendría que ser posible permanecer para siempre en un estado de infancia prolongada, jugar a vivir hasta que la vida adulta adquiriese forma poco a poco, sin que yo me diese cuenta. ¿En qué momento acaba la infancia, o acaso podría durar para siempre?

En la *Odisea*, Atenea envía por mar a Telémaco, hijo de Odiseo, a visitar a Menelao para que averigüe qué le ha ocurrido a su padre. Más adelante, ella explica que ese viaje era un regalo: será una aventura que lo definirá conduciéndolo a la edad adulta. Odiseo pasa veinte años lejos, primero en la guerra y después en el mar. En *Secuestrado*, el viaje por mar de David Balfour y la posterior caminata por tierra a través de las Highlands es lo que convierte al chico en un hombre.

¿Tiene razón Johnson? ¿Es hacerse a la mar el reto definitivo, la gran prueba peligrosa, la experiencia que todos los chicos deben afrontar para hacerse hombres, a riesgo de arrepentirse para siempre si no lo hacen? Hacerse a la mar es como ir a la guerra: algo temporal, algo físicamente abrumador y una prueba que, si logras sobrevivir, te cambia para siempre.

De antemano sabes que la experiencia será terrible pero, a pesar de todo, te sorprende. Después, si miras a los ojos de alguien que haya pasado por lo mismo, aunque se trate de una persona desconocida, compartes algo con él. Miras en su interior y la reconoces. Sabe lo mismo que tú, algo que no eres capaz de explicar. El dolor y la indefensión. El rendirse a algo más grande que tú. El peligro. La belleza y la poesía.

Ese mar parece muy emocionante y esencial. ¿Debería el arte hacerse a la mar también? Si uno no se hace a la mar ni va a la guerra, parecían opinar los escritores del pasado, ¿qué clase de hombre se es?

O ¿qué clase de mujer? ¿Qué pasa con Penélope, que se queda en Ítaca con un hijo recién nacido y pasa veinte años ahuyentando a hombres que quieren casarse con ella y robarle el tesoro de su marido desaparecido? Penélope, atrapada en tierra, teje y llora y se pregunta qué aventuras y peligros habrá corrido su marido en el mar.

El mar inunda mi cerebro durante todo el invierno. Vuelvo a vivir en Escocia, en Edimburgo, cerca de mi familia, para estar junto al mar tras haber trabajado en Londres, inmersa en el calor y el barullo de una redacción atestada a la que llegaba tras un largo desplazamiento todos los días. Necesito el mar, le decía a la gente, y cielos más amplios. Busco algo nuevo, busco un hogar, y no tengo ni la menor idea de lo que busco.

Bajo a la playa desde el paseo de Portobello, que tiene una baranda metálica pintada de un verde claro muy alegre, como el del helado de pistacho, y me acerco al mar, a mirarlo a los ojos. Hoy es un espejo. Se extiende calmo en la distancia. A lo lejos creo divisar focas, montículos lejanos, grises como guijarros, que asoman a la superficie para que les dé el aire en el lomo. Mirar hacia el punto en el que el río se convierte en mar permite que la mente se allane, de ese modo puedes extenderte en su vastedad y sentir, durante un instante, que estás realmente en el inicio de algo. Y puedes recoger una concha de berberecho y guardártela en el bolsillo.



Además de leer sobre el mar con apetito renovado, también he escrito sobre él: he anotado las horas de las mareas y las conchas que

he ido encontrando, los nombres de los barcos que he visto en distintos puertos. Siempre acabo acordándome de mi abuela. Le encantaba estar en el mar, ir en bote y también en crucero, aunque nunca lo idealizaba. Una vez me envió una postal estando de crucero por el Caribe con mi abuelo. Normalmente, sus postales se atenían a una fórmula concreta: la parte impresa era un collage de imágenes de playas tropicales relucientes, preciosos azules y hoteles de un blanco impoluto —todo de un imposible glamur—; por otra parte, dos mensajes manuscritos con letra muy distinta, aunque ambas sumamente parecidas a la mía, por extraño que parezca. Mi abuelo escribía en la parte superior y le dejaba la parte de abajo a mi abuela.

Esta postal en concreto decía:

Pensamos en ti mientras surcamos el más azul y hermoso océano, bajo cielos claros y soleados. Con mucho amor, tu abuelo.

Me he dado un golpe en el ojo con el maletero y me ha salido un morado. Abuelita.

Creo que no pretendía hacer gracia, sino que para ella esa era la noticia más importante de todo el viaje. Me pregunto qué vería cuando miraba el mar con el ojo morado, como si fuera un cíclope.



Este invierno aún no hemos visto nieve y hace ya veinte años que estuve en aquella poza de la playa de Elgol. Edimburgo pasa esta estación sumido en un letargo gris y oscuro, sin copos de nieve reluciente que suavicen el frío. Así pues, cuando otro frío día de enero me encuentra hibernando bajo el edredón, uno de esos días oscuros y nubosos que amortiguan mis sensaciones,

necesito con urgencia la frescura del mar. Quiero salir corriendo hacia él, desafiar al frío y al vacío de la resaca, que ya dura un mes, provocada por los excesos de las Navidades. El deseo de huir me resulta familiar. Significa que hay algo de lo que alejarse, aunque no sepa en estos momentos de qué se trata. Mis pensamientos empiezan a amontonarse, incómodos, en torno a una idea, una posibilidad que se perfila en un rincón de mi cabeza, siempre consciente de su presencia a pesar de que ellos traten de pasarla por alto. Soy como la princesa que nota el guisante debajo de los colchones y no puede dormir. Algo está a punto de cambiar.

Quiero ver el mar y Sean quiere ver la nieve. Ambos ansiamos un frío real e intenso, esa sensación de cosquilleo en los sentidos. Una mayor amplitud que el estuario del río Forth, algo que se extienda sin fin hacia las islas y más allá, hacia la nada. Un sábado nos montamos en el coche con la perra y nos dirigimos hacia la costa oeste, siguiendo una ruta definida por Google Maps en dirección a Oban, un pueblo que quería visitar desde hacía mucho tiempo. Algunos amigos ya habían estado allí y me dijeron que era hermoso. Según ellos, desde el puerto puede apreciarse la extensión de mar, de casi un kilómetro, que lo separa de Kerrera, la isla donde se encuentra el diminuto castillo medieval de Gylen, que Turner esbozó varias veces durante sus viajes por Escocia.

En temporada alta es un destino turístico bastante frecuentado, pero difícilmente hay mucha actividad en mitad del crudo invierno. El trayecto en coche nos lleva tres horas y atraviesa el paisaje nevado de los Trossachs y bordea el amplio lago Lomond; desde el coche se ven los picos blancos de los montes Ben Lomond y Ben Vorlich. Salimos pronto por la mañana y nos detenemos en cuanto estamos lo bastante al norte como para encontrar nieve. Dejamos salir a la perra para que se revuelque y salte contenta entre montículos que le cubren hasta el cuello. El lago Lomond apa-

rece tranquilo, adormecido, cuando miro por encima del hombro; es la parte pintoresca del viaje.



Al llegar a Oban, descubrimos que se trata más bien de un paisaje urbano industrial que del bonito puerto que yo había imaginado. Hay barcos grandes atracados en la terminal de ferris, furgonetas que sortean una concurrida rotonda, y todo el pueblo parece apiñado alrededor de los guijarros negruzcos de una playa salpicada de botellas de plástico y latas de metal. La perra se acerca al muelle y levanta el hocico al viento. Casi todos los establecimientos del pueblo están cerrados durante el invierno y da la impresión de que los lugares más cálidos y acogedores son las tiendas de materiales para actividades al aire libre. A mediodía entramos en un pub donde permiten la entrada a perros y sirven *fish and chips*, y allí nos refugiamos los tres del frío. Después paseamos por las calles del pueblo y entramos en una de esas acogedoras tiendas. Como recuerdo del viaje, me compro un par de calcetines de lana gruesa rebajados de precio. Pasamos un rato más en la playa oscura, mirando hacia Kerrera mientras el tenue sol hace una fugaz aparición. La tierra que se ve desde ese punto parece igual de tangible, de alcanzable, que cualquiera de las islas en las que acabó Odiseo, mientras saltaba de un glorioso desastre al siguiente.

Al atardecer, volvemos a casa ligeramente decepcionados. En el camino de vuelta, mientras atravesamos los Trossachs, las montañas se nos presentan como recortables de papel. Sé que el lago Lomond se extiende a un lado y nos hace compañía durante el viaje, pero más que verlo siento su presencia como un vacío que se extiende a nuestra izquierda. La ruta está a merced del cielo, con las montañas en la distancia, el lago a un lado y el mar a nuestra espalda. El viaje no ha sido la aventura épica y entretenida que yo

esperaba, aun sabiendo que era imposible que lo fuese —lo había idealizado en exceso—, pero a pesar de todo me sentí agradecida por los calcetines y la comida caliente. Cuando llegamos a Edimburgo, luce la luna llena y la nieve se nos ha adelantado: copos del tamaño de la palma de la mano cuajan sobre el techo del coche cuando aparcamos frente al edificio en que vivimos. Cuando salimos del vehículo, ya se están helando sobre el parabrisas.

Una semana más tarde, me hago la prueba. Cuando tomo la barrita de plástico del alféizar de la ventana del baño y le doy la vuelta, la palabra que aparece en la pantallita digital me recorre como una corriente eléctrica y reconozco que el escalofrío que siento en los hombros es miedo. Finalmente, voy a emprender otra clase de viaje. Un repentino salto a la madurez. Será un nuevo tipo de criatura el que tendré que comprender.

De regreso desde Troya, Odiseo perdió el rumbo por culpa del viento. Deseaba llegar a casa.

Yo deseaba una aventura. Sin embargo, voy a tener un bebé.